

# CRÍTICA REVOLUCIONÁRIA

## Revolutionary Criticism

Crit Revolucionária, 2023;3:e005

Artigo de debate

[https://doi.org/10.14295/2764-4979/CR\\_RC.2023.v3.13](https://doi.org/10.14295/2764-4979/CR_RC.2023.v3.13)

### NEOFASCISMO(S) LATINOAMERICANO(S) I – DEL FASCISMO AL NEOFASCISMO: COMPILANDO EL DEBATE

Leonardo CARNUT:  

Universidade Federal de São Paulo – Unifesp, Centro de Desenvolvimento do Ensino Superior em Saúde – CEDESS, Programa de Pós-graduação Interdisciplinar em Ciências da Saúde. São Paulo, SP, Brasil.

**Autor de correspondencia:** Leonardo Carnut [Leonardo.carnut@unifesp.br](mailto:Leonardo.carnut@unifesp.br)

Recibido: 14 out 2022

Revisado: 24 mar 2023

Aprobado: 01 jun 2023

Copyright: Artigo de acesso aberto, sob os termos da Licença Creative Commons (CC BY-NC), que permite copiar e redistribuir, remixar, transformar e criar a partir do trabalho, desde que sem fins comerciais. Obrigatória a atribuição do devido crédito.



### Resumen

Este artículo trata de la (re)construcción histórica desde el uso de la categoría 'fascismo' y sus especificidades para pensar América Latina hasta el uso de la categoría 'neofascismo' y sus aplicaciones. Es la primera parte de un tríptico que presenta las fases del debate sobre neofascismo en América Latina. Metodológicamente, se optó por un análisis histórico-crítico a través de una recopilación del debate encontrado por autores clásicos y contemporáneos que abordan el tema. En este artículo específico, se elaboraron tres apartados. El primero aborda el problema del 'fascismo' y su debate como contrapunto al

neofascismo en la región. Un segundo que presenta el debate latinoamericano y las categorías centrales que necesitan ser revisadas para un debate sobre la realidad concreta de la región. Y, un tercero, que trata sobre el surgimiento del 'neofascismo' en un intento de diferenciarse del fascismo vivido en la década de 1930. Finalmente, se plantearon consideraciones parciales.

**Descriptor:** Fascismo; Capitalismo; Marxismo; Derivacionismo; Estado.

|  |  |
|--|--|
| <p><b>NEOFASCISMO(S) LATINO-AMERICANO(S) I – DO FASCISMO AO NEOFASCISMO: COMPILANDO O DEBATE</b></p> <p><b>Resumen:</b> Este artículo trata de la (re)construcción histórica desde el uso de la categoría 'fascismo' y sus especificidades para pensar América Latina hasta el uso de la categoría 'neofascismo' y sus aplicaciones. Es la primera parte de un tríptico que presenta las fases del debate sobre neofascismo en América Latina. Metodológicamente, se optó por un análisis histórico-crítico a través de una recopilación del debate encontrado por autores clásicos y contemporáneos que abordan el tema. En este artículo específico, se elaboraron tres apartados. El primero aborda el problema del 'fascismo' y su debate como contrapunto al neofascismo en la región. Un segundo que presenta el debate latinoamericano y las categorías centrales que necesitan ser revisadas para un debate sobre la realidad concreta de la región. Y, un tercero, que trata sobre el surgimiento del 'neofascismo' en un intento de diferenciarse del fascismo vivido en la década de 1930. Finalmente, se plantearon consideraciones parciales.</p> | <p><b>LATIN AMERICAN NEO-FASCISM(S) I – FROM FASCISM TO NEO-FASCISM: COMPILING THE DEBATE</b></p> <p><b>Abstract:</b> This article deals with the historical (re)construction from the use of the category 'fascism' and its specificities to think about Latin America until the use of the category 'neo-fascism' and its applications. It is the first part of a triptych that presents the phases of the debate on neo-fascism in Latin America. Methodologically, we opted for a historical-critical analysis through a compilation of the debate found by classic and contemporary authors. In this specific article, three sections were elaborated. The first deals with the problem of 'fascism' and its debate as a counterpoint to neo-fascism in the region. A second one presents the Latin American debate and the central categories that need to be revised for a debate on its concrete reality. And, a third one deals with the emergence of 'neo-fascism' in an attempt to differentiate itself from the fascism lived in the 1930s. Finally, partial considerations were raised.</p> |
|--|--|

|   |  |   |
|---|--|---|
| <b>Descriptor:</b> Fascismo;<br>Capitalismo; Marxismo;<br>Derivacionismo; Estado. |  | <b>Descriptors:</b> Fascism;<br>Capitalism; Marxism;<br>Derivationism; State. |
|---|--|---|

## INTRODUCCIÓN

En el escenario del capitalismo ultraliberal contemporáneo,<sup>1</sup> la emergencia de nuevos tipos de fascismo ha sido una constante en todo el mundo, y en América Latina no ha sido diferente.<sup>2</sup> Reflexionar sobre este fenómeno – no sólo como una apariencia, sino cuestionando si realmente hay algo nuevo – es una tarea que el pensamiento crítico debe analizar con mucha cautela. Y es que se está convirtiendo en un **lugar común**, especialmente entre quienes propugnan una salida política a través de la reedición de diversos progresismos, que lo que hoy vivimos **no** es fascismo, o ni siquiera puede entenderse como algo parecido.<sup>3,4,5</sup>

Por lo tanto, ante este tipo de análisis, es casi imposible no preguntarse: ¿por qué negar la categoría “fascismo” para entender el escenario mundial en el que vivimos – incluso con diversos ataques de una **extrema derecha** que está reactualizando técnicas y prácticas fascistas? ¿Por qué el debate sobre el fascismo en América Latina no parece apropiado y por qué algunos analistas tienen reservas sobre el uso de “fascismo” para entender la especificidad de esta región? ¿Por qué, a pesar de la permanencia de prácticas y grupos fascistas en América Latina, algunos analistas abogan por abandonar la categoría de “fascismo”? ¿Es posible afirmar que en América Latina se vive un nuevo tipo de fascismo (neofascismo), con trazas de originalidad? ¿Es posible construir otra comprensión del (neo)fascismo en América Latina que no pase por salidas políticas que apuestan a los nuevos progresismos de las elecciones de 2022 – como Xiomara (Honduras), Boric (Chile), Petro (Colombia) y Lula (Brasil)?

Creemos que sin una reflexión crítica radical sobre estas cuestiones es prácticamente imposible responderlas. El objetivo de este artículo es, por tanto, recuperar el contenido de la categoría “fascismo”, y su nueva expresión “neofascismo”, para pensar las realidades latinoamericanas desde el punto de vista de autores latinoamericanos. El objetivo de esta tarea es recopilar lo ya producido sobre los “usos” y “desusos” de esta categoría para pensar América Latina. La intención es que esto nos ayude a identificar la pertinencia (o no) de la categoría “fascismo” para la actualidad. Como salida teórico-política a este debate, sugerimos la contribución que el debate sobre la Derivación del Estado puede hacer para pensar el (los) neofascismo(s) en esta coyuntura.

Vale la pena recordar que el debate sobre la Derivación del Estado se inscribe en una tradición de análisis sobre la relación entre el Estado y el capital, desarrollada por lo que se conoce como el Debate Derivacionista.<sup>6</sup> Este debate tuvo lugar en la antigua República Federal de Alemania entre 1970 y 1974, principalmente en Berlín Occidental y Frankfurt, y en el seno de la *Conferencia de Economistas Socialistas (CSE)* en el Reino Unido durante el mismo período. Aún hoy, cuarenta años después de su desarrollo, este debate es poco conocido en América Latina, incluso entre los marxistas, perspectiva desde la cual se originó. Desde sus inicios, este debate se ha consolidado en una compleja teoría materialista del Estado. Aunque Marx no desarrolló una teoría del Estado, la presencia del Estado impregna el conjunto de su obra, especialmente en los tres libros de “El Capital”.<sup>7,8,9</sup> Este espectro del Estado moderno es la categoría que, en sus análisis, subyace a la génesis del capitalismo, completando la comprensión del modo de producción capitalista, después del legado marxiano y especialmente con Lenin, en «“El Estado y la Revolución”». <sup>10</sup> Evguiéni Pachukanis, en su libro “La teoría general del derecho y el marxismo”,<sup>11</sup> retoma el enfoque del Estado como categoría importante para comprender la dinámica de la sociabilidad capitalista. Tras un largo período de estancamiento (desde 1930 hasta 1970), el debate derivacionista se reavivó con Joachim Hirsch y en una versión revisitada por John Holloway. Este último, junto con Sol Piccioto, produjo un análisis pionero para repensar el debate a la luz del antagonismo social, enfatizando el papel de la lucha de clases y alejándose de análisis muy abstractos.<sup>12</sup> Creemos que esta perspectiva parece muy adecuada para pensar los Estados latinoamericanos, abriendo así un camino para comprender la especificidad de la forma jurídica de estos Estados en sus singulares formaciones sociales.

Optamos, por lo tanto, por un análisis histórico-crítico de las categorías de fascismo y neofascismo a través de una compilación del debate encontrado en autores clásicos y contemporáneos que discuten el tema. Cuando identificamos la complejidad teórica y política del debate – que es ciertamente un punto fuerte de este tema – nos dimos cuenta de que es imposible sintetizarlo sin incurrir en reducciones de los argumentos, lo que fatalmente conduciría a una revisión **apresurada** que ayudaría poco a comprender el problema. Para evitar este problema, hemos decidido dividir este artículo en tres partes.

Así, desarrollaremos este tema en un tríptico. La primera parte – a la que se refiere este artículo – trata de la (re)construcción histórica desde el uso de la categoría “fascismo” y sus especificidades para pensar América Latina hasta el uso del término “neofascismo” y sus

aplicaciones, con el objetivo de recopilar este debate. El segundo artículo aborda la continuidad de este debate, partiendo de las controversias sobre el término “neofascismo” para entender América Latina, pasando por los intensos disensos de las décadas de 1970 y 1980, hasta llegar a las nuevas direcciones y límites que tomó el debate en la década de 1990. El último artículo, que cierra este tríptico, propone una comprensión del neofascismo a través *del derivacionismo pachukaniano-hollowoyano* como forma de repensar y reorientar el debate sobre este fenómeno en América Latina.

Para este artículo en particular, el camino elegido expone los argumentos en tres secciones. La primera sección aborda el problema de la categoría “fascismo” y cómo podría delimitarse su debate en contraposición al neofascismo en la región. La segunda sección presenta el debate latinoamericano y las categorías centrales que, en una visión latinoamericana, necesitan ser revisadas desde la realidad concreta de la región, y no mimetizando o importando interpretaciones eurocéntricas que no corresponden a la realidad local. La tercera sección aborda el surgimiento del “neofascismo” o “fascismo de nuevo tipo” como categoría explicativa, en un intento por diferenciarse del fascismo vivido en la década de 1930.

## **EL PROBLEMA CON LA CATEGORÍA “FASCISMO”**

Ciertamente, la única convergencia en el debate sobre el fascismo es su **divergencia científica** como categoría. Esto se debe a que existe una diferencia considerable entre las matrices de análisis social sobre lo que es o no es el fascismo. Dependiendo de la matriz, también se producen disputas internas sobre el término. A esto se añade el “punto de partida” desde el que se habla del término. ¿Se trata del “fenómeno empírico” o del “proyecto político idealizado”? Este es un punto importante, pero por si no fuera suficiente para generar tanto ruido, se le añade otro: ¿hablamos de fascismo como “acción estatal institucionalizada” (¿en forma legal, política o incluso implícita<sup>a</sup>) o fascismo como “acción sociopolítica y cultural en las relaciones sociales cotidianas” (grupos que asumen la postura o incluso la identidad fascista)? Para hacer el debate aún más complejo, es importante tener en cuenta la siguiente pregunta: ¿qué es el fascismo en “qué

---

<sup>a</sup> Se entiende por 'subentendido' en la acción institucionalizada el compromiso tácito con proyectos fascistas por parte de agentes del Estado (miembros de los poderes constituidos: legislativo, judicial, ejecutivo y sus burocracias — funcionarios públicos). Aunque esto también sería una dimensión o producto de la acción sociopolítica y cultural, hay una diferencia: ellos/ellas son sujetos que "hacen/conforman la institución Estado", a diferencia de la acción sociopolítica y cultural fuera de esta institución.

lugar” (Estado-nación y sus formaciones sociales específicas) y en “qué momento” (sociohistórico)?

Esta última pregunta nos lleva inevitablemente a pensar en la diferencia entre el fascismo situado históricamente en el periodo 1920-1940 (periodo de entreguerras) y el fascismo que perduró después de la Segunda Guerra Mundial (1945 en adelante). Para el período sociohistórico posterior a 1945, diversos autores<sup>13,14,15</sup> presentan análisis que nos llevan a considerar la categoría “neofascismo” como la más adecuada para denominar lo que hoy se vive (o revive) bajo la bandera del fascismo de entreguerras. Así pues, para empezar a separar el fascismo de entreguerras – también conocido como fascismo clásico o histórico – del neofascismo, es necesario señalar algunos elementos.

El primero de ellos se refiere a las tendencias neofascistas, que en algunos aspectos se parecen a los fascismos que surgieron históricamente en la primera mitad del siglo XX. Aunque a veces se parezcan, dado que ni siquiera las condiciones que generaron los primeros fascismos son idénticas a las actuales, es posible encontrar muchas similitudes, sobre todo en el contexto de la crisis del capital. Por lo tanto, es posible establecer ciertos paralelismos entre la crisis estructural del capital de 1929 y la crisis de 2007-2008, especialmente en términos de gravedad, profundidad o alcance. No obstante, sus consecuencias ya han sido documentadas como “similares” por diversos expertos<sup>16,17</sup> e incluso previstas por otros<sup>18</sup>. Este es un punto que ha sido tradicionalmente criticado tanto por autores culturalistas<sup>19</sup> – que restringen el fascismo a sus grupos y símbolos – como por autores historicistas<sup>20</sup> – que “encarcelan” el fascismo en el periodo de entreguerras, justificando que después de este periodo nada puede llamarse “fascismo”. A esto se añaden los autores sociologistas<sup>21</sup> - que critican las similitudes de la crisis estructural del capital<sup>22</sup> - diciendo que este argumento es una **persistencia economicista** en la explicación de la génesis del fascismo, tendiendo a calificar el neofascismo como de “baja intensidad”. Argumentamos que, en un análisis marxista ortodoxo<sup>b,23,24</sup> el papel de la crisis del capital y sus repercusiones sociohistóricas son los puntos nodales para comprender la realidad neofascista. Aunque reconozcamos estos puntos, están lejos de ser **la** única determinación absoluta para explicar fenómenos políticos tan complejos<sup>c.25</sup>

---

<sup>b</sup> Consideramos como "análisis ortodoxo" aquel que se fundamenta en el método marxiano, es decir, en el desarrollo del método de exposición-investigación materialista histórico-dialéctico.

<sup>c</sup> Estamos de acuerdo con Mara cuando afirma que: "[...] así como el fascismo histórico, tampoco el neofascismo parece resumirse a una expresión **mecánica** [énfasis nuestro] de las necesidades económicas del gran capital". Pero esto no significa que no haya una conexión 'orgánica' con él.

Por ello, el segundo elemento es tan necesario como el anterior para comprender el fenómeno fascista: el movimiento dialéctico y contradictorio de las clases sociales. Ni las relaciones de producción ni la lucha de clases han cesado su movimiento dialéctico y siguen siendo las mismas que en la primera mitad del siglo XX. Al contrario, **fermentaron** sus insatisfacciones a lo largo del curso socialdemócrata de las “reformas parciales” que poblaron la historia del segundo cuarto del siglo XX. Las reformas fragmentadas, disciplinadas y cerradas en la línea del Estado del bienestar capitalista actuaron para domesticar la lucha de clases y aplazar la posibilidad del descontento social entre la burguesía. Esto ha sido ampliamente relatado en la literatura sobre el neofascismo como una época de necesaria “germinación” de la conciencia social sobre la falacia de la conciliación de clases y la “armonía social” en el capitalismo.<sup>22</sup> Bajo un reformismo intenso, las clases sociales se dan cuenta de la contradicción intrínseca de la producción social capitalista y de la incapacidad del Estado para resolver estas contradicciones, demostrando claramente sus límites (y los de sus políticas públicas y sociales) para “mejorar inexorablemente” las condiciones de vida y de trabajo (expectativa conocida como: **mejorismo**). No pocas veces, cuando la politización de la clase obrera no fue suficiente para cualificar su crítica, organización y acción política en la izquierda, el mejorismo promovió el mecanismo opuesto: la explosión de la burguesía. Agotados los límites de su paciencia, la burguesía descorrió el velo del supuesto pacto de concordia, demostrando que sus insatisfacciones tienen fecha de caducidad. La quiebra de **la tolerancia burguesa** estalla primero en asco, luego en odio y después en agresión. Este camino de formación social del fascismo, respetando las especificidades de cada país, es el mismo en el neofascismo.

El tercer elemento es el cuidado que debe tenerse con el uso del término desde un punto de vista institucional, jurídico e incluso cultural. Aunque la posibilidad de englobar indefinidamente diversos regímenes y prácticas culturales dentro de la categoría es tentadora, hay que guardarse de ello para evitar que el término se trivialice y se vacíe. Así, en un análisis marxista gramsciano-poulantiziano<sup>26</sup>, la dialéctica entre fuerza y consenso y el papel político de la lucha de clases dentro del Estado capitalista han sido los más utilizados para caracterizar institucionalmente al fascismo como la etapa más agresiva de “degeneración”<sup>d</sup> de la dominación política burguesa. En esta etapa, una burguesía cuyo consenso está en proceso de desestabilización y cuya capacidad de ejercer la

---

<sup>d</sup> Aquí, usamos la idea de "degenerar" en el sentido mismo de la acción de cambiar a un estado o condición cualitativamente inferior.

represión está agotada, recurre a la violencia desnuda, demostrando la verdadera naturaleza del Estado capitalista, aunque esto signifique suspender las libertades democrático-burguesas durante un período de tiempo. Este es el tiempo necesario para tomar medidas que salven al capital, y la relación entre Estado y sociedad dependerá de la capacidad de las clases para reaccionar a su manera, ya sea presionando para que el Estado se desvigorice o reforzando al Estado como detentador del monopolio de la violencia.

Por lo tanto, entendida como una **gradación**, la categoría de fascismo se utiliza de la forma en que Thalheimer<sup>28</sup> la definió en relación con el bonapartismo:

El bonapartismo es, pues, una forma del poder estatal burgués en situación de defensa, de fortificación, de fortalecimiento contra la revolución proletaria. Es una forma de dictadura abierta del capital. Su otra forma muy similar es la del Estado fascista. El denominador común es la dictadura abierta del capital. Su forma de manifestación es la autonomización del poder ejecutivo, la aniquilación del dominio político de la burguesía y la sumisión política de todas las demás clases sociales al poder ejecutivo. Su contenido social o de clase, sin embargo, es la dominación de la burguesía y de los propietarios privados en general sobre la clase obrera y todas las demás capas explotadas por el capitalismo.<sup>28(27)</sup>

Así, según Thalheimer<sup>28</sup> la democracia, el bonapartismo y el fascismo son caras (gradualmente distintas) de la misma forma de dominación política en el capitalismo: la dominación burguesa. Sin embargo, esto por sí solo no basta para demostrar de lo que es capaz el fascismo en términos del odio que fomenta.

En comparación con el neofascismo, las apariencias institucionales son diferentes, pero el mecanismo sigue siendo exactamente el mismo. En el neofascismo del siglo XXI<sup>e</sup>, no hay necesidad de cambiar el régimen político a una dictadura, como en el fascismo del siglo XX<sup>f</sup>. La

---

<sup>e</sup> Una duda que siempre surge es: "¿Existió el neofascismo en el siglo XX?" Existe una infinidad de respuestas a esta pregunta que dependen, necesariamente, de las presuposiciones que constituyen la amplia divergencia científica sobre la categoría "fascismo" y que se reproduce en la categoría "neofascismo" —como se expuso al inicio de la sección: El problema de la categoría "fascismo" en este artículo. Además, existió un debate dentro de la Teoría Marxista de la Dependencia, también permeado de mucho disenso, sobre si hubo o no neofascismo en América Latina. Específicamente, este último punto será tratado en el segundo artículo de este tríptico.

<sup>f</sup> Especialmente en el caso de Brasil, en relación con el golpe de 2016 contra la presidenta Dilma Rousseff, puede parecer cuestionable esta afirmación. Los golpes, en su mayoría, son casi siempre intentos de ruptura de un régimen político (de democracias a dictaduras y viceversa, solo para quedarnos en este ejemplo más simple). Sin embargo, los golpes de Estado en el siglo XXI no han figurado necesariamente en este nivel de ruptura. Son golpes pasivos, sin uso de la fuerza explícita —pero con fuerte apoyo militar— que se valen de artificios de la forma/legalidad jurídica para destituir a la liderazgo democráticamente electa que se presenta disfuncional al proceso de acumulación capitalista, manteniendo la fachada democrática de las instituciones. Es decir, no hay una ruptura de régimen (aunque se desee hacerlo), pero muchas veces no es tan necesario debido al nivel de consenso que el capitalismo ha adquirido en su avance universalizante post-caída del Muro de Berlín.



dominación política del capital financiero y el papel desempeñado por las instituciones del capital globalizado ya han hecho posible que la sociabilidad capitalista avance hasta todos los rincones del planeta. Esto es suficiente para que los momentos de inflexión del régimen político en las dictaduras tradicionales carezcan de sentido. Al fin y al cabo, en la práctica, ¡ya vivimos bajo la dictadura absoluta del capital! Con un movimiento obrero internacional muy debilitado, una izquierda servil al progresismo neoliberal posmoderno y una imaginación político-radical fuertemente disipada, la burguesía no necesita necesariamente hacer esfuerzos sustanciales para un cambio de régimen, puesto que la fuerza necesaria que podría imponer una dictadura ya se está aplicando a diario. Lo que es peor, está políticamente consensuado: no parece haber alternativa al capitalismo, y está culturalmente naturalizado que los seres humanos son egoístas por naturaleza. El capitalismo es, por tanto, la única forma de existir<sup>g</sup>.

Así, mientras que el antiguo fascismo “declarado” era la expresión más autoritaria del capitalismo en tiempos de crisis, hoy ya no funciona de esta manera, con la excepción de raras experiencias en las que ese mismo fascismo parece regresar<sup>h</sup>. El neofascismo es hoy una extraña e improbable combinación de dos cosas que parecen contradictorias: neoliberalismo<sup>i</sup> y neoautoritarismo<sup>j</sup>.<sup>29</sup> La expresión del nuevo fascismo, es decir, esta fusión de neoliberalismo y neoautoritarismo, se sostiene en las actualizaciones de esta díada en el aparato estatal. Así, el autoritarismo inherente al capitalismo no parece ser muy autoritario, generando una polifonía de discursos que niegan el neofascismo y mucha confusión deliberada en el mundo científico<sup>k</sup>. Muchos científicos, en su mayoría basados en concepciones positivistas, esperan una “réplica” automática del fascismo de entreguerras en la actualidad, volviéndose miopes ante el fenómeno. Cuando estos puntos no se tienen en cuenta con rigor crítico, es en este momento cuando se produce el gran triunfo de los neofascistas.<sup>30</sup>

---

<sup>g</sup> Es importante enfatizar que esto no excluye la lucha de clases. Este argumento podría parecer que se está totalizando el capital de manera que se extinguen sus contradicciones. Por el contrario, esto no debe proporcionar una idea de derrotismo, como si de hecho todo ya estuviera dominado y no hubiera experiencias, incluso espontáneas, de lucha contra la explotación de clase. Si el fascismo avanza es porque la lucha de la clase trabajadora está tensionando al capital.

<sup>h</sup> El caso de Myanmar, por ejemplo.

<sup>i</sup> Entendido como nuevas formas de libertad en términos de mercado y en términos políticos.

<sup>j</sup> Entendido como nuevas formas de represión política con cierto grado de proteccionismo mercadológico.

<sup>k</sup> Se trata de una libertad (neoliberal) cada vez más restringida para el "libre" tránsito de las mercancías y una coerción (neoautoritaria) cada vez más domesticadora de las aspiraciones rebeldes para que se "ajusten" a la lógica de la acumulación, es decir, que produzcan valor. Esta apariencia del fenómeno, por más que tenga sentido, oscurece lo esencial: el capital es autoritario por naturaleza. Por lo tanto, hablar de capitalismo es hablar de autoritarismo. Así, no hay nada extraño o improbable en esto.

Las relaciones entre clases sociales en el fascismo exponen el protagonismo de las clases medias como sus principales propagadores ideológicos. En el neofascismo, esto no es diferente. El sentimiento de propiedad combinado con las aspiraciones de una vida típicamente burguesa hacen que las camadas medias (o clases medias<sup>1</sup>)<sup>31,32</sup> deseen un cambio de vida, y la crisis del capital es vista como una oportunidad y no como un problema (aunque haya pérdidas materiales concretas para esta clase). Como lo caracteriza Ribera:<sup>33</sup>

Como construcción ideológica, el fascismo corresponde a la ideología de la clase media o, mejor dicho, al segmento específico que el marxismo caracteriza como pequeña burguesía. Es decir, no todas las clases medias, que es un concepto que se corresponde más con el nivel de renta y, por tanto, con las relaciones sociales de distribución o consumo, sino aquellas cuya posición en este estrato social proviene de su posición en la sociedad. [...]. Por ser propietarios de los medios de producción y emplear mano de obra asalariada, están más cerca de la condición de la burguesía, pero por su escaso capital, los pocos asalariados que emplean, su contacto diario con ellos y su participación personal en el trabajo, estarían más cerca de la situación de los obreros.<sup>33(609)</sup>

Así es como pequeños propietarios, rentistas, comerciantes, profesionales liberales, trabajadores de *cuello blanco*, funcionarios y burócratas de todo tipo – incluso algunos intelectuales y artistas – se dejan seducir por el fascismo (se *fascistizan* fácilmente). Otro segmento específico de este sector social que es movilizado masivamente por el fascismo está constituido por los empleados del aparato coercitivo: policías, jueces, soldados y funcionarios judiciales. Por su función social e ideología de clase, suelen simpatizar con los postulados contrarrevolucionarios y reaccionarios del fascismo. Generalmente, son colaboradores de primer orden para garantizar la impunidad de sus agresiones y actos de violencia, privando a sus víctimas de la posibilidad de recurrir a las fuerzas del orden o a los tribunales, donde predominan los simpatizantes y militantes del fascismo. En el campo, el fascismo logrará unir no sólo a los grandes terratenientes, sino también a muchos medianos propietarios y campesinos que poseen pequeñas parcelas de tierra. Les convence la retórica antisindical y anticomunista en una situación en la que la lucha

---

<sup>1</sup> Pequeña burguesía es un término que describe a la clase media en el marxismo, ya que la idea de una "clase" media no tendría mucho sentido al hablar de la categoría de "clase". Por ello, el marxismo opta por el término "capas medias" de las clases, precisamente porque estas clases (y no una sola) tienden a converger política e ideológicamente, a través de una mezcla muy difusa de intereses políticos y visiones del mundo. En términos generales, intentan imitar los patrones de consumo y gusto de la burguesía tradicional, pero, no obstante, este término se ha convertido, en el adagio popular, en un calificativo para un grupo social que tiene una visión del mundo reduccionista, prejuiciosa o estrecha.

reivindicativa de jornaleros y proletarios agrícolas va en aumento. También les seduce el discurso imperialista de expansión territorial que proclama el fascismo.<sup>33</sup>

El fascismo recluta también entre aquellos que el marxismo califica de **aristocracia obrera**<sup>m34</sup>, ya sea porque están algo mejor pagados o, sobre todo, porque ocupan puestos de control o dirección. Son los jefes de taller y los capataces, ascendidos desde abajo, que a menudo se comportan despóticamente con sus antiguos compañeros. Esos trabajadores, antes silenciosos y pasivos, a menudo vistos con recelo, se atreverán ahora desde su nueva militancia fascista a gritar contra los agitadores y los enemigos del país. Ofrecen una oportunidad preciosa para debilitar las organizaciones de clase, romper su unidad y preparar las condiciones para la promoción del corporativismo o del sindicalismo vertical<sup>33</sup>. También es esencial decir que los linajes que se creen **nobles** y burgueses colaborarán con el fascismo, dándole una fuerte financiación, pero casi siempre desde los bastidores y evitando aparecer públicamente para no ser “identificados con el movimiento”. La retórica antiburguesa del fascismo es incluso “aparentemente socialista” en sus inicios, pero no ayuda precisamente a vencer las reticencias de la clase dominante que, sin embargo, no dudará en utilizarlo como instrumento para salvar sus posiciones de poder amenazadas por la inminente revolución proletaria<sup>33, n</sup>.

Desde el punto de vista del curso largo de la historia, el fascismo está vinculado a un patrón necesario de articulación política entre el centro y la periferia del mundo capitalista<sup>o</sup>. La probabilidad (o improbabilidad) de eliminarlo reside en el “nacionalismo revolucionario” o el “socialismo revolucionario”, dos realidades que escasean en un escenario histórico trastornado por burguesías nacionales fuertemente pro-imperialistas y esterilizadas directa o indirectamente por las presiones de los propios países capitalistas centrales.<sup>35</sup> Así, cuando se discute el fascismo en América Latina - ¡incluso el fascismo de entreguerras! - el debate sobre el tema tiende a caer en dos áreas. Veamos.

---

<sup>m</sup> Aristocracia obrera: médicos, abogados, ingenieros. Profesiones imperiales típicas de la modernidad.

<sup>n</sup> Vale señalar, como materialidad histórica, por ejemplo: la legitimidad del gobierno de Jair Messias Bolsonaro construida sobre su retórica (aparentemente) antisistema, con apariencia de crítica a la institucionalización burguesa a través de sus mecanismos de consenso.

<sup>o</sup> Esta es una afirmación bastante controvertida dentro del marxismo que genera un debate que no cabe aquí. Pero, a modo de breve aclaración, existe una tesis que defiende la relación entre: el fascismo como forma de avance de las formas sociales capitalistas (tanto en el centro, pero con mucha más intensidad en la periferia), hasta el punto de que, en los países periféricos, las prácticas fascistas estarían tan arraigadas en el cotidiano de las interacciones sociales que se naturalizan.

El primero se refiere a los legados históricos que ha dejado el fascismo de Europa a América Latina. En este punto, hay un énfasis por parte de los investigadores en examinar la cuestión de la influencia del fascismo, distinguiéndolo de la experiencia histórica del régimen de Mussolini como modelo internacional, exaltando la ideología fascista como filosofía política de aspiración cultural universal adaptada al *pan-latinismo*. Estos estudios acaban insistiendo en la comparación de los llamados fenómenos **fascistas de imitaciones** o superficialidades – ya sean institucionales, de movimiento o militares – de fenómenos próximos o similares. Estos estudios llegan a conclusiones a veces apologeticas hacia el fascismo, alegando que al no identificar la diferencia entre la ideología fascista **original** – la de los documentos o la retórica – y las que realmente se hicieron, se generaría mucha confusión y malinterpretación.<sup>36</sup> Este tipo de análisis, por bienvenidos que sean, tienden a caer en una perspectiva fuertemente culturalista de entender el fenómeno fascista. Al enfatizar lo que el grupo fascista dice ser, lo que proclama o incluso lo que sugiere en sus cartas y declaraciones, se tiende a ocultar la práctica fascista de su posición de clase y de su lucha por la hegemonía, disminuyendo su papel contrarrevolucionario y generando, en última instancia, conclusiones de carácter normalizador.

Sin embargo, lo que se encuentra en estos estudios sobre el fascismo en América Latina es lo mismo para el neofascismo, sólo que esta vez en un grado mucho más grande. Los análisis culturalistas del neofascismo en América Latina, a grandes rasgos, toman dos cursos principales: uno que sigue una explicación que recae en algún tipo de posmodernismo – es un problema de discurso, retórica, identidad o representación fascista. U otro curso, que argumenta que el problema simplemente no existe, ya que lo que se está presentando en América Latina no es fascismo, sino un cierto tipo de “nuevo autoritarismo” del Estado – como si en América Latina la tradición del Estado capitalista no fuera autoritaria en sí misma, y como si el capitalismo tampoco lo fuera en su esencia.

El segundo punto se refiere a la imponente influencia de los Partidos Comunistas (PC) en América Latina y, en particular, a la influencia del PC ruso y de la III Internacional en la interpretación del fascismo en América Latina<sup>p</sup>. González<sup>37</sup> lo demuestra analizando las prácticas de ciertos PC's en la región. En el caso de Chile, por ejemplo, se afirmaba que:

---

<sup>p</sup> La III Internacional Comunista (1919–1943), también llamada Komintern, fue una organización internacional fundada por Vladimir Lenin y el Partido Comunista de la Unión Soviética (bolchevique) en marzo de 1919 para reunir a los partidos comunistas de diferentes países.

[...] el primer giro de los Partidos Comunistas de América Latina hacia la tesis de la lucha frontal contra la burguesía y el imperialismo se produjo hacia 1935, cuando comenzó a aplicarse la tesis de los frentes populares con el consiguiente rechazo de las ideas trotskistas [...]. Es el caso del Partido Comunista de Chile en 1938, que en el texto 'El Frente Popular en Chile', firmado por su secretario general, Carlos C. Labarca, sostiene que la lucha revolucionaria es una lucha por las “libertades democráticas” y contra el imperialismo, reacción que tomó la forma del fascismo. Según este documento, para llevar a cabo esta lucha es necesaria una alianza en la que estén presentes comunistas, católicos, ciertos grupos burgueses e intelectuales. Además, se trata de tener una política de “buena vecindad” con los Estados Unidos, lo que significa que la legalidad debe ser respetada por todos aquellos que [...], en la lucha contra el fascismo, han optado por la democracia.<sup>37(9)</sup>

Según González,<sup>37</sup> este es el tono que resonó, haciendo que esta forma de pensar sobre el fascismo llegara a todos los lugares donde el PC tenía alguna influencia. El caso del Partido Comunista de Cuba en 1939 iba en la misma dirección. El autor relata que, para el PC cubano, Fulgencio Batista era visto como un defensor de las tendencias progresistas y democráticas y que, como jefe del Frente Fascista Americano en formación, fue atacado por la reacción antifascista. El Partido Comunista Argentino, en 1939, también formaba parte de esta tendencia. Para este dirigente comunista, lo políticamente reaccionario – el fascismo – debe ser barrido por la democracia que florecerá con el ascenso de fuerzas jóvenes, progresistas y revolucionarias. Un gobierno democrático es aquel que se apoya en las amplias masas contra las oligarquías reaccionarias. En América Latina, la democracia no puede implantarse de un plumazo, ya que para ello se requieren condiciones económicas y sociales básicas. En este sentido, lo más importante sería la democracia política. Y para ello sería necesaria la formación de una burguesía nacional liberal. Además, la masa del pueblo sería consciente de que no puede haber lucha antiimperialista – antifascista – sin una lucha relacionada por la democracia. Esta última debería abrir espacio a amplios sectores de la población que quisieran comprometerse en ella<sup>37</sup>.

A finales de los años 1930, cuando el atractivo de octubre de 1917 comenzó a desvanecerse, Stalin dirigió la lucha antifascista con la que se recuperó con inusitada fuerza el espíritu liberador de los comunistas rusos. En definitiva, el antifascismo estalinista tiene dos fases muy diferenciadas: en la primera, que prácticamente abarca los años 1930, Stalin promueve la crítica

al fascismo<sup>q</sup>, pero de hecho mantiene el acercamiento a Hitler, hasta el punto de firmar el Pacto germano-soviético (1939) en el que se compromete a no atacar militarmente a la URSS. Esta situación provoca confusión en algunos círculos comunistas y entre algunos militantes, que no comprenden la alianza entre los enemigos de la humanidad y sus salvadores. Sin embargo, todo el mundo acaba aceptando las críticas y los llamamientos estalinistas contra el fascismo, pasando por alto que el acercamiento entre los dos dirigentes contradice totalmente los llamamientos a luchar contra los nazis formulados desde la cúpula del poder soviético. La segunda fase fue el ataque frontal y mortífero contra el nazifascismo, que tuvo como resultado su aniquilación militar.<sup>37</sup>

Hoy en día, la influencia de los PCs en el debate público sobre política – incluso electoral – es prácticamente inexistente. Con el fin de la URSS, la caída del Muro de Berlín y el avance de las democracias procedimentales de masas, el efecto de los Partidos Comunistas en el mundo ha desaparecido. Hoy no hay pruebas suficientes de que las organizaciones comunistas tengan relevancia alguna en la contienda por el electorado,<sup>38</sup> por la juventud<sup>39</sup> o incluso por fracciones de la clase obrera.<sup>40</sup> Los errores históricos del socialismo real vivido en la URSS han cobrado un precio inestimable a las generaciones futuras, hasta el punto de desdibujar por completo el horizonte comunista. La opción de reavivar el debate socializante y la posibilidad de otras formas de producir ha enfriado su discurso, haciendo sólo tolerable cualquier palabra que se aleje del término comunismo. Así, una de las salidas de la izquierda global ha sido transgredir discursivamente a través de agendas<sup>r</sup> que se reclaman socialistas o anticapitalistas. Otra salida, en territorio latinoamericano, fue hacer de las reformas sociales la posibilidad de algún tipo de socialización bajo la tutela del Estado capitalista, recordando la forma más **avanzada** de conducir la lucha por el Estado en la Europa del siglo XX, pero con las contradicciones e incompletitudes propias de las formaciones sociales heterogéneas y de la sociabilidad capitalista inconclusa<sup>s</sup>.

---

<sup>q</sup> También cabe destacar las críticas que Trotsky y Zetkin hicieron a la teoría del social-fascismo encabezada por Stalin y posteriormente por Dimitrov. Pachukanis también teje algunas críticas. Aunque el enfoque del artículo es América Latina, vale la pena recordar a estos autores clásicos.

<sup>r</sup> Agendas que se ajustan al capitalismo, y no a proyectos sociales.

<sup>s</sup> La palabra inconclusa, desde un punto de vista latinoamericano, es una palabra desafortunada. Esto se debe a que la condición de "incompletitud" siempre se compara con una condición de "completitud", que tiene como parámetro las condiciones económicas, políticas e ideológicas de los países capitalistas centrales. Esta palabra transmite la idea —errónea, en nuestra opinión— de que en América Latina "falta" desarrollo. Ciertamente, esto depende de qué parámetros y qué finalidades se consideren para algo como "desarrollado" o "no desarrollado". Es frecuente que investigadores sobre el fascismo, de nacionalidades latinoamericanas, caigan en la "mirada europea" sobre el tema, reproduciéndola. Por eso, su uso merece cautela.

En este escenario, en América Latina, cualquier tipo de propuesta política orientada a socializar bienes, tecnologías o derechos sociales es vista como una “amenaza comunista”. Aunque se trate de algo minúsculo dentro del orden capitalista, que a veces no presenta nada amenazador – sino más bien conciliador –, es entendido por la burguesía latinoamericana como un enemigo que debe ser eliminado de antemano. Es así como la tendencia neofascista de las fracciones burguesas y sus contrapartes fascistas arrastran ideológicamente sentimientos, deseos y expectativas. Las situaciones de crisis son ideales para que estas ideas fascistas florezcan y lleguen a otros públicos. Pero, por supuesto, estas ideas no son generadas por la crisis. En América Latina están genéticamente arraigadas en nuestra formación social. A diferencia de Europa, en América Latina siempre tenemos el fantasma del fascismo al acecho, pero no necesariamente formalizado en grupos o partidos, no expresado específicamente en dictaduras o movimientos, sino en el deseo desesperado de una burguesía subalterna de mantenerse separada de la pobreza. Una burguesía que sólo crece en asociación con el capital extranjero y que no se mueve un milímetro de su condición de clase porque sabe que ha sido forjada artificialmente. La burguesía subalterna latinoamericana no es una burguesía que luchó por la libertad liberal, sino que la recibió como una imposición para mantener la propiedad en sus manos. Su posición social es una deuda de por vida, que se empeña en pagar por adelantado porque no está dispuesta a perder ni a “bajarse” de su posición de clase en ninguna circunstancia.

## **EL DEBATE LATINOAMERICANO: CATEGORÍAS CENTRALES**

Tanto en el fascismo como en el neofascismo latinoamericanos, ciertas categorías deben ser analizadas con mucho cuidado. Para un análisis marxista crítico de estos fenómenos políticos en América Latina, cinco categorías centrales deben ser revisadas desde la realidad de las formaciones sociales específicas de cada país. Además, deben ser analizadas en conjunto con la historia del bloque geoeconómico latinoamericano y su inserción en la economía mundial constituida, si se desea una precisión adecuada. Se trata del “Estado”, la “democracia”, las “características internas”, la “ideología” y el “anticomunismo”.

En cuanto a la categoría Estado, el estatismo en América Latina siempre ha implicado una admiración por un Estado autoritario y corporativo que, teóricamente, resolvería las crisis políticas y económicas y sería el “motor” del desarrollo social. Este compromiso con el Estado es, en parte, el resultado de las teorías desarrollistas que asumen la neutralidad del Estado y que consideran que

esta *estatalidad* fuera suficiente – cuando se basa en políticas desarrollistas – para guiar a la nación hacia la prosperidad. En este entendimiento, el éxito económico dependería de un **Estado fuerte**<sup>t</sup>, que trascendería el conflicto social reprimiendo a los actores que fomentan la lucha de clases e incorporando a aquellos considerados verdaderamente nacionales<sup>u</sup> y preocupados por mejorar las instituciones políticas, jurídicas y corporativas de la nación.<sup>41</sup>

Es bajo esta concepción desarrollista-estatista<sup>v</sup> que el fascismo latinoamericano buscó promover un Estado corporativista fuerte y autoritario como regulador de la vida social.<sup>w42</sup> Este sistema rechazaba la política de partidos y otras mediaciones institucionales típicas de la democracia burguesa representativa. En su lugar, los organismos sociales corporativistas eran los vehículos para la integración social dentro de la entidad orgánica de la nación, una medida adoptada para evitar conflictos basados en la participación política regulada de la población. Los sindicatos, las universidades, la Iglesia y las Fuerzas Armadas son algunos de los actores y espacios convocados para construir el Estado-nación fascista que, paradójicamente y a diferencia de los casos europeos, no construyó la democracia, sino que la expandió, generando una amalgama entre “avance democrático” e “incorporación tutelada”. Así, en términos funcionales, el fascismo periférico es un nuevo espacio de representación e inclusión para los excluidos del sistema que, al ser incluidos, pretenden reproducir los ritos, los procesos y el orden institucional, en lugar de romperlo.<sup>41</sup>

Así, los que están incluidos, pero se rebelan contra el Estado – una ínfima minoría –, son considerados desagradecidos o “traidores”. Corresponde entonces legítimamente al Estado limpiar a los traidores, ya que se les identifica como enemigos de la nación, razón por la cual la violencia adquiere un carácter sagrado. Por eso, en los fascismos periféricos, la exaltación de la violencia como acción en un sentido revolucionario y purificador es un mecanismo simbólico que a menudo se recupera. Para los fascistas que dirigen el Estado, el sentido de “revolucionario” se evoca como

---

<sup>t</sup> Es en este punto que la idea de un Estado fuerte rápidamente se confunde con un Estado autoritario.

<sup>u</sup> Es aquí donde el papel de los "nacionalismos" pasa a ser reconducido desde un punto de vista revolucionario hacia un punto de vista reaccionario.

<sup>v</sup> No ignoramos que la base del pensamiento económico que dio origen a las tesis desarrollistas cepalinas ya considera al Estado, en América Latina, como responsable del impulso industrializador que, en teoría, sacaría a la región del "atraso". Sin embargo, para dejar más evidente el papel del Estado (capitalista), recurrimos al término creado por nosotros: "desarrollista-estatista". Nos apoyamos, también, en la idea de que el desarrollo (como palabra aleatoria) necesita un calificativo. ¿Desarrollar "qué"? ¿En qué dirección? Entendemos, finalmente, que es posible un desarrollo latinoamericano sin el papel del Estado capitalista, y esto debería ocurrir en el sentido de desarrollar otro modo de producción de base autónoma y antiestatal.

<sup>w</sup> Un caso polémico, y aún con pocos datos historiográficos, es el de la Era Vargas en Brasil.



la máxima expresión de la voluntad política de cambiar las injusticias. El sentido de “purificador” surge como un intento de utilizar el Estado para **redimir** a la sociedad de sus **pecados de origen** - reconocido como lugar de mestizos, desertores y apátridas – con el objetivo de homogeneizarla. La violencia del Estado se convierte entonces en una herramienta **liberadora** contra los males responsables de la decadencia nacional. El comunismo y las minorías nacionales o étnico-religiosas se convierten en los “chivos expiatorios” responsables del retraso nacional y cuya presencia debe ser eliminada.<sup>41</sup>

Tanto en Europa como en América Latina, el paramilitarismo se estableció como una organización básica del fascismo destinada tanto a incorporar a las masas al proyecto nacionalista como a servir de instrumento para lograr la purificación de la violencia. La formación de unidades paramilitares es un síntoma de la preocupación de los fascistas por construir una base social que legitime sus proyectos, frente al miedo de la oligarquía conservadora a las masas. Dentro de la estructura organizativa de estos grupos, era prioritario establecer milicias que, mediante demostraciones de fuerza y violencia, expresaran la voluntad de transformar la decadente nación. La violencia paramilitar surge como un medio de articulación de la violencia a nivel social, permitiendo la reorganización de las relaciones sociales basadas en la unificación del “nosotros” y la aniquilación del “otro”. No debemos perder de vista que la lucha por la hegemonía que libró el fascismo no fue sólo política, sino también cultural, debido a su pretensión de construir un mundo nuevo.

El “núcleo duro” del fascismo latinoamericano estaba constituido por una serie de elementos heredados del conservadurismo oligárquico y del sentido crítico de los tiempos del liberalismo y del comunismo<sup>x</sup>. El nacionalismo en América Latina excluyó a los catalogados como enemigos de los valores históricos coloniales y de las tradiciones reminiscentes del clásico pasado europeo<sup>y</sup>. Así, la defensa de un estatismo fuerte y corporativo estuvo estrechamente vinculada al nacionalismo como medio para superar el conflicto social, percibido como una de las consecuencias notables de los males que la modernidad ha producido con su cuestionamiento del

---

<sup>x</sup> El integralismo en Brasil fue uno de los casos más significativos.

<sup>y</sup> Que perdura hasta hoy. ¿Quién no conoce a alguien en América Latina, especialmente de clase media, que rescata su linaje europeo como forma de valorizar a su familia en términos de tradición? Por ejemplo, los apellidos europeos de parte de la clase media brasileña apuntan en este sentido, y es muy común en los sectores sociales fácilmente fascitizados —universidades, poder judicial, entre otros— el apelo a la tradición europea como forma de despertar un nacionalismo que imite esta historia.

orden y las jerarquías, principios que, en el pensamiento conservador, son los creadores de cohesión y armonía en la comunidad.<sup>41</sup>

Hay una última característica de la categoría **Estado** cuando pensamos en el fascismo latinoamericano. El Estado se convierte en el espacio donde se inician las trayectorias políticas de varios personajes que con el paso de los años – incluyendo los años de la Guerra Fría – se convertirán en figuras notables de la derecha y la izquierda latinoamericana. Las experiencias fascistas representaron un vaso comunicante entre dos épocas, marcadas por la radicalización de la política, las ideologías y la agudización de la violencia, expresada esta última en las luchas armadas de la izquierda revolucionaria y los complejos sistemas de aniquilamiento ideados por el Estado y los sectores conservadores que los apoyaban. Estas conversiones a terrenos políticos que, en abstracto, son vistos como irreconciliables nos invitan a pensar en el hecho de que la derecha y la izquierda tienen elementos ideológicos comunes que les permiten tender puentes entre sí, recurrentes en el hecho de que en aquellos años las unía el odio a la oligarquía, el nacionalismo económico y la necesidad de fortalecer el Estado.<sup>41</sup>

Cuando pensamos en la categoría “democracia” y su relación con el fascismo, debemos tener en cuenta qué se entiende por democracia. A grandes rasgos, la democracia puede entenderse desde su expresión como **régimen político** – la democracia como procedimiento electoral, traducido por el sufragio universal periódico –, que es, por tanto, una visión más estrecha. O en un sentido más amplio, en el que se reconoce como **democracia social** – amplia participación de las clases sociales en las decisiones institucionales cotidianas y acceso al sistema de garantías constitucionales de forma cotidiana y completa, experimentándolas rutinariamente en forma de derechos sociales.

Ambas acepciones de democracia se ven muy amenazadas/restringidas o “suspendidas” en tiempos de fascismo. Sin embargo, lo que aparece como la especificidad latinoamericana de la democracia en tiempos de fascismo se refiere al vínculo con las mediaciones partidistas entre el Estado y la sociedad para hacer operativa la democracia. En el sentido estricto de la democracia, uno de sus objetivos era intentar construir “partidos de masas”, capaces de participar en el campo electoral con el fin de ampliar su base social a escala nacional. Esta dificultad se debía a que la incursión del fascismo latinoamericano en la política electoral (y por lo tanto partidaria) no podía ser tan eugenésica como en Europa, ya que la sociedad mixta de América Latina entraría en contradicción con su discurso, además de desaprobar la inclusión de las llamadas clases sociales

“subalternas” en la democracia de partidos. Este es un buen ejemplo de sus especificidades con relación a los casos europeos, como resultado de los dilemas que enfrentaron sobre entrar o no en los mecanismos de representación del sistema político institucional-liberal que tanto repudiaban.<sup>41</sup>

En el sentido ampliado de democracia, en los fascismos latinoamericanos, la noción de democracia se encarna y actualiza (y reproduce constantemente) en la conexión entre **totalitarismo de clase, salvación nacional (o defensa del orden)** por medios autocráticos, reaccionarios y violentos, y **revolución institucional** (es decir, una doble acción contrarrevolucionaria, que se despliega simultáneamente, de hecho, contra la democracia y, nominalmente, contra el comunismo<sup>2</sup>).<sup>35</sup> Por eso el fascismo se presenta como reacción. El fascismo pudo triunfar gracias a la ineptitud de los gobiernos democráticos, atascados en este callejón sin salida. Fue una respuesta a la crisis, una reacción a la incapacidad de la democracia para responder a la transformación que la sociedad necesitaba para superar la crítica situación.<sup>4</sup> Por eso, una vez más, en los países latinoamericanos, la relación democracia-fascismo es aún más estrecha que en los países capitalistas centrales, mientras que es posible afirmar que, en los países donde se utilizó la vía colonial para transformar la sociabilidad hacia el capitalismo, la constitución de la relación Estado-sociedad tiende a degenerar más fácilmente en fascismo que en los lugares donde la transición vía revolución burguesa activa estuvo mejor consolidada.

Otra categoría necesaria en el debate sobre los fascismos latinoamericanos es la que se considera “características internas” de cada país. Dado que el fascismo es un rasgo excepcional del dominio burgués, como forma estatal de una determinada configuración de relaciones de clase, ha tendido a ser interpretado de **manera formalista** por la izquierda. Esto llevó a entender que el fascismo en los países latinoamericanos era algo que podía reproducirse en cualquier formación social capitalista, independientemente de su grado de desarrollo. Así, como afirma Borón<sup>43</sup>, algunos trabajos consideraron, por ejemplo, que los regímenes instaurados por Somoza en

---

<sup>2</sup> Esto sucede porque, en regiones donde las instituciones jurídicas burguesas aún no están bien consolidadas y no fueron el resultado de la lucha política de una burguesía revolucionaria, sino de un proceso de “*aggiornamento*” (actualización o re-presentación), el avance en la democratización de las instituciones suena para la burguesía como una amenaza a su poder, ya que, para ellos, el Estado es su “patrimonio”. En otras palabras, la mezcla constitutiva entre “unidad doméstica” y “unidad de producción”, que dio origen a los Estados latinoamericanos (especialmente al brasileño), demuestra la persistencia de la lógica patrimonial del Estado por parte de la burguesía, lo que significa que cualquier intento de democratizar esta institución se aproxima “ideológicamente” como una acción socialista o comunista en el discurso. Pero, de hecho, se trata de una forma sofisticada de interdictar la institucionalidad democrática burguesa, que se traduce hoy en el poco acceso a la educación superior de las clases subalternas, el poco acceso de las mujeres a mandatos partidarios, etc.

Nicaragua en 1928; Trujillo en República Dominicana en 1929; Stroessner en Paraguay en 1953; y Duvalier en Haití en 1953, podían ser un cierto tipo de “fascismo primario”, que era:

[... ] susceptibles de florecer en las sociedades arcaicas durante el período inicial de crisis del sistema de dominación norteamericano en América Latina, mientras que en los países más avanzados del desarrollo capitalista se observa que la resolución de esta crisis generó lo que se conoce como «neofascismo», es decir, un fascismo más elaborado y moderno como el que se dio en Brasil (1964), Uruguay (1972), Bolivia (1973), Chile (1973), y el que trata de imponerse en Argentina y otros países en medio de sangrientas batallas contra las fuerzas democráticas [traducción nuestra].<sup>43(48)</sup>

Veamos: estas dictaduras, que han sido abordadas con diversas nomenclaturas (“fascismo dependiente”, “neofascismo”, “burocrático-autoritario”, “nacional-estatismo”, “dictaduras burocrático-militares”, etc.) se sitúan en una fase diferente de la evolución del monopolio capitalista, que no se parece en nada a la fase del capitalismo imperialista caracterizada por Lenin. Aunque Lenin acertó en su análisis en su momento, los cambios producidos en la acumulación capitalista después de 1970 afectaron tanto a las metrópolis del sistema – principalmente Estados Unidos – como a sus periferias. En primer lugar, cabe destacar la aparición del gran conglomerado transnacional, cuya complejidad interna y dimensiones inéditas en la historia anterior del capitalismo nos sitúan ante un hecho nuevo que corrige los análisis de Lenin. Por ejemplo, las corporaciones monopolistas emergen en la economía como unidades autosuficientes para garantizar el proceso de acumulación, lo que modifica sustancialmente el papel atribuido al capital bancario. Otra: los conglomerados internacionales han desarrollado ciertos esquemas de organización del proceso productivo que, si bien no los inmunizan contra las depresiones cíclicas del capitalismo, ciertamente reducen significativamente su vulnerabilidad al ciclo. Al diversificar las ramas en las que la multinacional utiliza su capacidad productiva, reduce también los riesgos que pueden derivarse de una contracción de la demanda en un sector concreto. Así, por ejemplo, 236 de las 1.000 más grandes empresas estadounidenses producían en 1962 entre 16 y 50 tipos de productos, cuya naturaleza abarcaba un espectro muy amplio de bienes, desde postres, galletas y pan de molde hasta tecnología nuclear y equipos electrónicos de telecomunicaciones. Además, las empresas multinacionales maximizan la rentabilidad de sus operaciones participando en mercados muy dinámicos y en un escenario mundial en el que, combinado con su inmenso carácter monopolístico, poseen una masa financiera cuyo volumen ni siquiera podían soñar los clásicos del marxismo. Esto les permite resistir sin grandes pérdidas los impactos de las depresiones y recesiones crónicas del capitalismo<sup>43</sup>.

En síntesis, estamos frente a cambios que obligan a actualizar las formas de funcionamiento del capital monopolista en el último cuarto del siglo XX, lo cual, en términos de considerar una “gran crisis” que provea el terreno necesario para el surgimiento del fascismo – como ocurrió en el período de entreguerras – no fue el caso de América Latina. Estos cambios en el patrón de acumulación les permitieron contrarrestar fuertemente la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, obteniendo superganancias en determinadas ramas y países en los que operaban estas empresas y manejando los precios en el marco de un sistema oligopólico global.<sup>43</sup> Por lo tanto, al examinar el fascismo en América Latina, es fundamental considerar las características internas, incluyendo la dinámica económica de la región en relación con el mundo capitalista, para evitar errores de análisis. Volveremos sobre este punto más adelante.

Una cuarta categoría también debe ser vista con mucha cautela al estudiar el fascismo en América Latina. Se trata de lo que se considera “ideología” fascista. El fascismo como ideología, o incluso el fascismo como ideología y utopía que ha persistido en el horizonte, tanto difusamente como una poderosa fuerza política organizada, como señala Florestan Fernandes.<sup>35</sup> Desde un punto de vista sociológico, una nueva manifestación del fascismo tiende a afianzarse cada vez que surgen grandes crisis en el capitalismo, pero en América Latina utilizan un proceso de ideologización diferente al de los países capitalistas centrales. En América Latina, la ideologización fascista apela a los rasgos palingénéticos de las sociedades latinoamericanas a través de la defensa de tendencias más o menos abiertas u ocultas, de una versión industrial “fuerte” de democracia pluralista que contiene estructuras y dinamismos fascistas internos.<sup>35</sup> Esto se remonta mucho más al papel de los autoritarismos latinoamericanos que necesariamente a los contenidos del fascismo italiano o del nazismo alemán, lo que significa que, en tierras latinoamericanas, las encíclicas fascistas coreadas en los discursos o versadas en los documentos por los fascistas europeos no son exactamente las utilizadas para la restauración capitalista en el sur global.

Finalmente, todo esto no está disociado del “anticomunismo” que sirve de justificación para la adhesión a la ideología fascista. En el discurso de “evitar nuevas Cubas”, eliminar el “Castro-Chavismo” o incluso “proteger a la nación del mal comunista”, el discurso anticomunista, de hecho, tiene como objetivo volver a un proyecto de periferia **segura y establecida**, para que el capitalismo se convierta en el objetivo central del patrón compuesto (internacionalizado e imperializado) de dominación del poder político burgués. La confluencia de estos procesos ha otorgado a las burguesías dependientes e impotentes de América Latina un papel activo y

considerable en la contrarrevolución capitalista, más que un **asedio al comunismo**, ambos de alcance global, y ha traído, como contrapartida, una clara intensificación de las tendencias a la fascistización del Estado, apoyada en el asesoramiento policial-militar y político, en recursos materiales o humanos y en estrategias externas (como parte de la modernización global).<sup>35</sup>

## **LA CATEGORÍA “NEOFASCISMO” O “FASCISMO DE NUEVO TIPO”**

A diferencia de lo que dice Bull<sup>14</sup> sobre la categoría de neofascismo en el periodo posterior a 1945, nosotros defendemos que la categoría de “neofascismo” es tan plural como sus expresiones que se han extendido por todo el mundo, y que por lo tanto es peligroso no utilizar un calificativo con esta categoría, a riesgo de generar aún más confusión que precisión analítica. Así, mientras que el fascismo clásico tuvo una versión europea – originaria: Italia y Alemania; y derivada: España, Portugal, entre otras – y otra latinoamericana – procedente de la ambición geopolítica expansionista del fascismo europeo –, el neofascismo es una pluralidad múltiple que no necesariamente se relaciona con su pasado fascista en términos de continuidad histórica, sino que puede ser un fenómeno original en determinados países y con alcances mucho más amplios que van más allá de la comprensión continuista.

Sólo así tiene sentido la afirmación de Fernandes<sup>35</sup> cuando, al hablar del declive de los fascismos latinoamericanos y de la persistencia de la defensa del capitalismo en la región, insinúa la razón de ser fascista a la sociabilidad del capital en este lado del mundo:

[a pesar de que] el fascismo ha perdido relevancia, [no ha perdido] su carácter instrumental para la defensa del capitalismo y la crisis de la civilización industrial capitalista. América Latina ha participado en esta tendencia, pero como «periferia». No es que la tragedia del centro se convierta en la comedia de la periferia. Al contrario, la melancólica realidad del centro se convierte en la sucia realidad de la periferia.<sup>35(16)</sup>

Por eso Fernandes<sup>35</sup> afirma que un nuevo tipo de fascismo, ligado a las características del capitalismo dependiente, podría darse, si fuera necesario, para el proceso de acumulación, dadas las especificidades de las formaciones sociales latinas y de sus instituciones burguesas. Por lo tanto, es importante destacar la discusión latinoamericana sobre el neofascismo que ha sido atribuida por autores de esta región.

Así, partiendo de la premisa de que el fascismo como régimen político, por su carácter histórico y de clase, “es un régimen de excepción del gran capital, que utiliza métodos terroristas como principal forma de acción”,<sup>44(143)</sup> García *et al*<sup>44</sup> lo ven vinculado no sólo a la época del

imperialismo, sino específicamente a su crisis. Para él, el fascismo europeo de las décadas de 1920 y 1930 es producto de la gran ola depresiva de 1918 a 1945: estas situaciones de crisis “son las que obligan a la clase dominante, y en el caso específico de la época imperialista, al capital financiero, a buscar un ‘régimen de excepción’ para evitar las consecuencias del desequilibrio de coyunturas revolucionarias que las crisis establecen”.<sup>44(144)</sup> A partir de 1966, el imperialismo entraría nuevamente en una gran ola de depresión, dando inicio a un período marcado no sólo por contrarrevoluciones aisladas, sino a un “período que tiende a amplificar las olas contrarrevolucionarias internacionales”.<sup>44(145)</sup> En este sentido, el fascismo no es un problema nacional – a pesar de tener sus propias características domésticas – sino un fenómeno internacional, indisolublemente ligado a la dinámica de la crisis internacional de acumulación capitalista y a la elevación de la temperatura de la lucha de clases.<sup>45</sup> Siendo este el caso, América Latina inevitablemente experimentaría, una vez más, una ola fascista si fuera necesario. Por lo tanto, tiene más sentido pensar en el “fascismo y neofascismo”, ya sea europeo o latinoamericano, de una manera totalizante.

En esta lógica de pensar en un “neofascismo central” y un “neofascismo dependiente”, Bambirra y Santos<sup>46</sup> identifican en los regímenes de excepción del subcontinente “aspectos esenciales”<sup>46(171)</sup> del fascismo como régimen político en general, lo que les autoriza a designar tales expresiones históricas como fascistas, aunque bajo el adjetivo dependiente debido a los aspectos particulares no esenciales. Así pues, se distinguen tanto de los regímenes militares tradicionales como de los bonapartistas. Los aspectos esenciales del fascismo son los siguientes, según estos autores: 1) “la necesidad de defender desesperadamente el sistema capitalista contra la “subversión del orden” por parte de las clases dominadas”<sup>46(138)</sup>. Se trata de una contrarrevolución ante la amenaza real o potencial de una ofensiva del movimiento popular; 2) “la necesidad de reprimir sistemática y despiadadamente al movimiento popular, de destruir las organizaciones revolucionarias [...]. La represión se hace sin escrúpulos, sin dejarse intimidar por la vehemencia democrática” [traducción nuestra]<sup>46(138)</sup>; 3) La represión se convierte en totalitarismo, “Desaparece el concepto de ciudadanía y de sociedad civil separada del Estado”.<sup>46(138)</sup> Se busca interiorizar la ideología del Estado en los espacios más recónditos de la vida privada, a través de la militarización de toda la vida social, especialmente con la educación de las nuevas generaciones<sup>45</sup>.

Por lo tanto, en los nuevos fascismos, especialmente en las democracias burguesas inacabadas, como es el caso de América Latina, los golpes de Estado son mecanismos que serán requeridos con mayor frecuencia. Para Santos y Bambirra, la maquinaria golpista en América Latina difiere significativamente de los procesos clásicos del fascismo, con repercusiones en el **Estado de excepción**<sup>aa</sup> que emerge de él. En el fascismo clásico, la pequeña burguesía radicalizada se convierte en una fuerza social representada por el partido fascista, que es cooptado por el gran capital durante el proceso de fascistización, mientras mantiene lazos ideológicos y organizativos con su base tradicional, lo que garantiza condiciones de apoyo activo al régimen y movilización permanente, especialmente de la pequeña burguesía. En el caso de América Latina, Santos afirma que la “pequeña burguesía [...] se mostró insuficiente para liderar un proceso fascista”,<sup>44(62)</sup> lo que la incapacitó para formar un movimiento fuerte y una organización sólida para la toma del poder.<sup>45</sup> “Hoy [...] es el gran capital el que moviliza a la pequeña burguesía en el sentido fascista, utilizándola como instrumento de masas; [una vez que] logró los objetivos de tomar el poder y destruir a la oposición liberal y popular, fue inmediatamente desmovilizada”<sup>44(146)</sup>.

Es en esta línea que algunos investigadores de la Teoría Marxista de la Dependencia (TMD) caracterizan a los Estados de excepción latinoamericanos de los años 1960 y 1970 como neofascistas o fascistas dependientes, porque (de forma similar al fascismo europeo de los años 1920 y 1930) fueron el último recurso de dominación de que disponía la burguesía para salvaguardar el capitalismo acosado por una profunda crisis económica y, sobre todo, una crisis política revolucionaria. Además, el fascismo dependiente – como el fascismo clásico – no sólo garantizaría la supervivencia del capitalismo, sino que lo conduciría a una nueva forma de acumulación, marcada por el dominio económico del capital monopolista, y a una nueva forma de dominación política, expresada en la hegemonía del gran capital en el bloque dominante de cada formación social latinoamericana. Siguiendo este camino, este grupo de investigadores termina adhiriendo a la lectura de la III Internacional Comunista, dejando de lado al movimiento de masas y a la organización de la pequeña burguesía en el concepto de fascismo, impregnándolo de un

---

<sup>aa</sup> Democracia del Ejecutivo, delegativa y falso “Estado de excepción” pueden traducirse en términos marxistas como una aproximación entre estos conceptos. Se trata del nivel extremo de centralización de los procesos de toma de decisiones. La preponderancia fatal del ejecutivo y la vigencia en la práctica de una “dictadura legal” (o legitimada solo por la minoría que compone la sociedad civil) alimentan una enorme facilidad para usar el aparato normal de la democracia burguesa como si fuera un Estado de excepción, o para pasar rápidamente, a través de “leyes de emergencia”, al estado de sitio, la dictadura redentora y el Estado de excepción caracterizado como tal.



particular “aspecto formal”, cuya inexistencia no invalidaría, en su opinión, la calificación de fascistas de las dictaduras instauradas en el Cono Sur.<sup>45,47</sup>

Al intentar comprender qué garantiza al neofascismo su carácter periférico y, por tanto, original, es posible criticar el pensamiento de Payne<sup>48</sup> y lo que él denomina “(neo)fascismo periférico”. Stanley Payne<sup>48</sup>, para explicar las razones de la fragilidad de las experiencias fascistas en América Latina, esboza una serie de motivos, entre ellos: la baja movilización política, a diferencia de Europa; el carácter no competitivo del nacionalismo, aludiendo a la necesidad de un enemigo externo para catalizar la movilización; la composición multirracial de las sociedades latinoamericanas, que oscurecía las identidades nacionales en su pretensión de homogeneidad radical; la fragilidad de la izquierda, que servía de acicate, y la condición económica dependiente de los países latinoamericanos<sup>41</sup>.

Estamos de acuerdo con Torre<sup>41</sup> cuando sostiene que la interpretación de Payne de la realidad latinoamericana está limitada por una visión eurocéntrica de la historia. En América Latina se ha desarrollado un nacionalismo excluyente bastante notorio en sus discursos y prácticas, volviéndose competitivo y militante al invocar la defensa de la nación frente a enemigos externos e internos, anteponiendo a Estados Unidos o a los países latinoamericanos con conflictos fronterizos de larga data. Del mismo modo, no se puede subestimar el papel de la izquierda de la época, ya que diversas medidas represivas y autoritarias pretendían contenerla y erradicarla. Referirse a la condición capitalista dependiente de América Latina es condicionar las experiencias fascistas únicamente al aspecto económico, corriendo el riesgo de caer en un determinismo que deja de lado los imaginarios socioculturales como variable que les dio fuerza. En cuanto a la falta de movilización política, basta recordar que la crisis del modelo liberal-oligárquico, contexto en el que surgió el fascismo **por estos lados**, fue el resultado de sus contradicciones internas y de una creciente efervescencia social que demandaba mayor participación e inclusión política, lograda en algunos casos a través de reformas institucionales, producto de la presión social, como en el caso de Argentina con la Ley Sáenz Peña de 1912 y el yrigoyenismo, o a través de la violencia y el conflicto civil armado, cuyo paradigma en ese momento fue la Revolución Mexicana. Por lo tanto, es fundamental refutar las tesis que niegan o dan un papel marginal al fascismo en América Latina, destacando que al menos son y tienen un carácter original. Es posible afirmar que hubo proyectos fascistas **periféricos** de nuevo tipo, marcados por un nacionalismo profundamente nativista y excluyente que agudizó las tensiones políticas de la época. El término periferia no se utiliza en un

sentido peyorativo, sino para enfatizar el hecho de que no son totalmente similares a los casos europeos debido a las condiciones de la región, que, lejos de disminuirlos, los convierten en fenómenos originales.<sup>41</sup>

Las raíces profundas del fascismo periférico latinoamericano se encuentran en el surgimiento de los nacionalismos excluyentes a mediados y finales del siglo XIX, un siglo marcado por el difícil proceso de consolidación de los Estados nacionales. Las élites de la época desarrollaron proyectos nacionales discursivamente inclusivos, pero caracterizados en la práctica por mecanismos de discriminación y exclusión propios de las contradicciones de la modernidad, orientados a mantener una cierta hegemonía a través de la diferenciación del otro inferior y deshumanizado. En los casos más radicales, llegaron a reivindicar su muerte simbólica y física. Esta contradicción se manifiesta en el paso del proyecto liberal de **nación cívica y civilizada** al **conservadurismo oligárquico** aristocrático y excluyente, modelo que alimentará las futuras experiencias fascistas periféricas al proponer que: lo que no puede ser asimilado debe ser destruido por el bien de los países en proceso de modernización.<sup>41</sup>

El nuevo tipo de fascismo periférico latinoamericano nació de la crítica a la oligarquía y a su visión aristocrática del mundo, que se desarrolló dentro del propio conservadurismo, viendo en él una postura más militante y un discurso popular que buscaba unir a las masas excluidas en torno a un nuevo proyecto nacional. El surgimiento de este nuevo fenómeno se debió a la necesidad de hacer frente a los dilemas de la época, por lo que tenían una gran sensibilidad, así como una preocupación por los problemas nacionales y sociales que hasta entonces habían sido desatendidos. Los proyectos de esta derecha nacionalista estaban impulsados por un contexto global que criticaba el liberalismo y encontraba en el fascismo un modelo orientador para resolver los problemas nacionales.<sup>41</sup>

La hibridez del fascismo latinoamericano obliga a analizar el **núcleo duro** de su pensamiento y sus prácticas desde sus bases estructurales, que pueden dividirse en dos campos: los elementos constitutivos que compartió con otras experiencias mundiales y los específicos que le dieron su originalidad local. En el primero, es posible percibir y observar al fascismo como una ideología global fácilmente aplicable a América Latina. Los temas rectores formulados por esta ideología que se observan en América Latina son el nacionalismo, el estatismo, la importancia del conflicto social, la limpieza y el paramilitarismo.<sup>41</sup>

El nacionalismo furibundo de los fascistas latinoamericanos apareció al cuestionar las posiciones liberal-cosmopolitas de las oligarquías, que buscaban en el exterior los aportes del progreso civilizatorio como el resultado desastroso de llevar a las naciones por el camino de la decadencia liberal. Esta visión pesimista del mundo reforzó la defensa del paradigma organicista de la nación y de la justicia en la lucha contra los males que padecía. El Movimiento Nacional Socialista (MNS) de Chile ofrece un buen ejemplo de ello. Su nacionalismo estaba impregnado de las tesis pesimistas expresadas por Oswald Spengler<sup>49</sup> en “La decadencia de Occidente”. En respuesta, este movimiento se propuso salvar el espíritu de la nación chilena de su lamentable situación, de la que culpaba a un enemigo concreto: el materialismo judío. El nacionalismo fascista latinoamericano se diferencia de los casos europeos por la diversidad de elementos que alimentaron sus discursos nacionalistas, gracias a la multiculturalidad que caracteriza a la región y que proporcionó diversas bases para construir su concepción orgánica y excluyente de nación.<sup>41</sup>

Si pensamos en la relación entre el neofascismo dependiente y el régimen político, la tendencia es que en los neofascismos latinoamericanos los regímenes de “despotismo oligárquico” (a través de la dictadura personal o la democracia restringida) son suficientes para esta clase social, porque tiene mayor estabilidad económica, social y política o porque puede controlar el cambio hacia nuevos regímenes políticos, lo que les dota de recursos policiales-militares, “legales”, “extralegales”<sup>bb</sup> y políticos para servir a intereses ajenos sin tener que recurrir a la extrema rigidez política o a la abierta fascistización de determinadas estructuras y funciones del Estado.<sup>35</sup> Por lo tanto, la seguridad de estos intereses, tanto económicos como políticos, podía garantizarse de forma espontánea pero eficaz dentro de los marcos “normales” de la exacerbación de los elementos autoritarios inherentes al orden establecido, ya que esta disponibilidad de una “reserva de poder arbitrario” chocaba con presiones definitivas hacia la democratización.<sup>35</sup> Lo que importa es que este “estado normal” no es un ejemplo de democracia burguesa en su sentido absoluto o “debidamente consolidada”, lo que nos hace recurrir a dos comprensiones típicamente latinoamericanas del neofascismo: 1) que las democracias burguesas consolidadas (o de alta calidad) en los países latinoamericanos son excepciones, no la regla; 2) que este tipo de democracia experimentada en los países latinoamericanos se parece más a lo que Demier<sup>50</sup> llama de “democracia blindada” para la clase obrera que a una democracia social de facto. Esto invierte la relación regla-excepción de tal manera que es posible afirmar que, históricamente, en América

---

<sup>bb</sup> Tráfico de influencias, parentesco, entre otros, como lo describe Miliband.

Latina, la regla de la dominación política burguesa son las interrupciones – golpes<sup>cc, 30,51</sup> dictaduras – y la excepción son los momentos de dominación política a través de la **estabilidad** de democracias incompletas, blindadas (o de baja calidad).

Por estas razones, es posible afirmar que existe una falacia en torno a la idea del neofascismo dependiente como algo **ligero**. Los datos históricos expuestos no nos permiten afirmarlo. Por eso, adoptar conceptos irrisorios (como **subfascismo** o **prefascismo**), además de ser una inexactitud analítica, no cambia en nada la gravedad de la realidad. Estos y otros nombres no se aplican a la contrarrevolución organizada política y militarmente por el neofascismo dependiente y a sus complejísimas y destructivas implicaciones políticas, que no tienen precedentes en ninguna parte del mundo en cuanto a la combinación de **disimulo social genético** y **violencia institucional sistemática**.<sup>35</sup>

## CONSIDERACIONES PARCIALES

Hasta ahora se han destacado las similitudes y diferencias entre el fascismo y el neofascismo. Aunque estos fenómenos presentan similitudes innegables, los tiempos históricos son definitivamente diferentes. Sin embargo, si identificamos con calma los movimientos de la sociedad y sus clases – en términos de lucha y dominación –, existe una lógica interna que los hace muy similares.

Las categorías que deben ser revisadas en América Latina para explicar tanto el fascismo como el neofascismo enfatizan hasta qué punto la realidad local debe ser considerada en sus propias contradicciones. Sin embargo, esto se reflejó en las críticas de autores marxistas latinoamericanos – especialmente Fernandes y otros autores del TMD como Bambilra y Santos – que defendieron la especificidad del fenómeno en la región. Estos autores abrieron espacio para un análisis crítico desde una perspectiva latinoamericana – recuperada aquí en la crítica de Torre

---

<sup>cc</sup> Al analizar todos los procesos de golpes y intentos de golpes de Estado en América Latina, así como el avance de una nueva corriente política peculiar —el neofascismo—, es común que se descuiden dos puntos fundamentales: 1) se ignora, en todos los ámbitos, la dimensión estética del problema; 2) se toman los objetos de análisis individualmente, y no como parte del todo —ya sea analizando un proceso de un país específico aislado de los demás, o analizando, incluso en un proceso de un país específico, aspectos de ese proceso de manera individual. Carnut y Mendes defienden, por ejemplo, la tesis de que el régimen político es central en la conformación del Estado para reacomodar el nuevo patrón de acumulación y, en el curso histórico, para blindar gradualmente la democracia ofreciendo escenarios de regímenes de legitimidad restringida en los que los fenómenos políticos de golpe de Estado ayudan a la velocidad requerida de estas transiciones políticas.

a Payne – evitando así importaciones mecánicas, pero sin prescindir de la aprehensión del fenómeno dentro de nuestra condición de inserción en el mundo capitalista.

En el segundo artículo de este tríptico, continuaremos recopilando el debate, pero esta vez mostrando cómo la acumulación histórica de esta discusión repercutirá en el carácter polémico del término neofascismo para pensar América Latina, haciendo de esta categoría la heredera de este disenso.

## REFERENCIAS

1. Fine B, Saad-Filho A. Thirteen things you need to know about neoliberalism. *Crit Sociol* (Eugene). 2017;43(4-5):685-706. <https://doi.org/10.1177/0896920516655387>
2. Carnut L. Neofascismo como objeto de estudo: contribuições e caminhos para elucidar este fenômeno. *Semina CiencSoc Humanas*. 2020;41(1):81-108. <https://doi.org/10.5433/1679-0383.2020v41n1p81>
3. Savarino F. Fascismo en américa latina: la perspectiva italiana (1922-1943). *Diálogos*. 2010;14(1):39-81.
4. Lagomarsino-Montoya M, Mansilla-Sepúlveda J, Estay-Sepúlveda JG. A propósito de fascismo, neoliberalismo y ultraderecha. *Problemas analíticos en la “sociedad abierta”*. *Estud Desarro Soc*. 2021;9(2):1-25.
5. García Larralde H. Los mitos de “izquierda” en la fundamentación del neofascismo. *Cuad Cendes*. 2009;26(72):1-16.
6. Clarke S. *The state debate*. Warwick, UK: 1991 [citado em 15 jun. 2022]. Chapter 1, *The state debate*; p. 1-61. Disponible em: <https://files.warwick.ac.uk/simonclarke/files/pubs/statebk.pdf>
7. Marx K. *O capital: crítica da economia política*. 2. ed. São Paulo: Boitempo; 2011. Lv. 1, *O processo de produção do capital*.
8. Marx K. *O capital: crítica da economia política*. São Paulo: Boitempo; 2014. Lv. 2, *O processo de circulação do capital*.
9. Marx K. *O capital: crítica da economia política* São Paulo: Boitempo; 2017. Lv. 3, *O processo global da produção capitalista*.
10. Lenin VI. *O estado e a revolução: o que ensina o marxismo sobre o estado e o papel do proletariado na revolução*. 2a ed. São Paulo: Expressão Popular; 2010.
11. Pachukanis EB. *Teoria geral do direito e marxismo*. São Paulo: Boitempo; 2017.
12. Holloway J, Picciotto S, organizers. *State and capital: a marxist debate*. London: Edward Arnold; 1978.
13. Paxton RO. *The anatomy of fascism*. New York, NY: Penguin Books, 2005.

14. Bull AC. Neo-fascism. In: Bosworth RJB, organizers. The Oxford handbook of fascism. New York: Oxford University Press; 2012.
15. Griffin R. Fascism. Massachusetts: Polity Press; 2018
16. Kitromilides Y. The 1929 crash and the great recession of 2008: why the policy response is different but not different enough. Challenge. 2012;55(1):5-22. <https://doi.org/10.2753/0577-5132550101>.
17. Mermefelt T. Interwar monetary fragmentation and the gold standard restored: the crisis of 1929 compared with the crisis of 2008. International Conference "Large-Scale Crises: 1929 vs. 2008"; 2015 Dec 17-19; Ancona, Italy. [Ancona]: [publicador desconhecido]; [2015] [citado 10 set. 2022]. Disponível em: [https://www.researchgate.net/profile/Thomas-Marmefelt/publication/308118467\\_Interwar\\_Monetary\\_Fragmentation\\_and\\_the\\_Gold\\_Standard\\_Restored\\_The\\_Crisis\\_of\\_1929\\_Compared\\_with\\_the\\_Crisis\\_of\\_2008/links/57da954d08ae72d72ea355f8/Interwar-Monetary-Fragmentation-and-the-Gold-Standard-Restored-The-Crisis-of-1929-Compared-with-the-Crisis-of-2008.pdf](https://www.researchgate.net/profile/Thomas-Marmefelt/publication/308118467_Interwar_Monetary_Fragmentation_and_the_Gold_Standard_Restored_The_Crisis_of_1929_Compared_with_the_Crisis_of_2008/links/57da954d08ae72d72ea355f8/Interwar-Monetary-Fragmentation-and-the-Gold-Standard-Restored-The-Crisis-of-1929-Compared-with-the-Crisis-of-2008.pdf)
18. Brooks M. 1929: can it happen again?. In Defence of Marxism [Internet]. [local desconhecido]; IMT; 1999 Oct 1 [citado 10 set. 2022]. Disponível em: <https://www.marxist.com/1929-can-it-happen-again.htm>
19. Savarino Roggero F, Bertonha JF. El fascismo en Brasil y América Latina: ecos europeos y desarrollos autóctonos. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia; 2013.
20. Bianchi G. Ascensão e queda do fascismo. [Lisboa]: [editora desconhecida]; 2005. 2 vol. (Coleção Vida e Cultura).
21. Rubio AM. Fascismo de baja intensidad. [Santander]: La Voragine; 2015.
22. Moraes RCC. Neoliberalismo e neofascismo é lo mesmo pero no é igual? Crit Marxista (Sao Paulo). 1998;1(7):121-6.
23. Müller ML. Exposição e método dialético em "O Capital". 1982 [citado 10 set. 2022]. Disponível em: <https://eleuterioprado.files.wordpress.com/2015/09/muller-exposic3a7c3a3o-e-mc3a9todo-dialc3a9tico-em-marx.pdf>
24. Fausto R. Sentido da dialética: Marx: lógica e política. Petrópolis, RJ: Vozes; 2015. T. 1.
25. Mara E. A marcha do velho novo: sobre as determinações do fascismo ontem e hoje. Argumentum (Vitoria). 2021;13(2):51-63. <https://doi.org/10.47456/argumentum.v13i2.34187>
26. Gramsci A. Sobre el fascismo. Ciudad México: Era; 1979.
27. Poulantzas N. Fascismo e ditadura. São Paulo: Martins Fontes; 1978.
28. Thalheimer A. Sobre o fascismo. Salvador: CVM, 2010.

29. Ipar E. Neoliberalismo y neautoritarismo. *Pol Soc.* 2018;55(3):825-84. <https://doi.org/10.5209/POSO.57514>.
30. Britto FV. Estética e fascismo: sobre a formação dos golpes na América Latina. *Ensaio.* 2018;13:46-75. <https://doi.org/10.22409/revistaensaios.v13.48505>.
31. Marx K. O 18 de brumário de Luís Bonaparte. São Paulo: Expressão Popular; 2008.
32. Cavalcante SM. Classe média e ameaça neofascista no Brasil de Bolsonaro. *Crit Marxista (Sao Paulo)*. 2020;(50):121-30.
33. Ribera R. Análisis y actualidad del fascismo. *Rev Realidad*. 2007;(114):596-619.
34. Coelho EC. As profissões imperiais: medicina, engenharia e advocacia no Rio de Janeiro (1822-1930). Rio de Janeiro: Record; 1999.
35. Fernandes F. Notas sobre o fascismo na América Latina. [local desconhecido]: A terra é redonda [Internet]; 01 ago. 2020 [citado 21 maio 2022]. Disponível em: <https://aterraeredonda.com.br/notas-sobre-o-fascismo-na-america-latina/>
36. Savarino F. En busca de un “eje” latino: la política latinoamericana de Italia entre las dos guerras mundiales. *Anuario*. 2006 [citado 21 maio 2022];6(16):239-62. Disponível em: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3740402>
37. González LA. Las ideologías políticas em América Latina en el siglo XX. *Estud Centroam.* 1997;52(585-586):671-94. <https://doi.org/10.51378/eca.v52i585-586.6496>.
38. Salles N. Do paradoxo à competição: o lugar da dimensão programática nas disputas eleitorais. *Rev Bras Cienc Polit.* 2020;(32):93-134. <https://doi.org/10.1590/0103-335220203203>
39. Mattos ALRR. A ação da juventude comunista no movimento estudantil universitário brasileiro entre as décadas de 1920 e 1960. In: *Anais do 7. Congresso Internacional de História*. 2017; Maringá, PR. p. 1-7.
40. Figueiredo CGS. Táticas de interação entre comunistas junto trabalhadores urbanos em Minas Gerais (1945-1955). 28. Simpósio Nacional de História. 2015; Florianópolis, SC. p. 1-14.
41. Torre CFL. El “núcleo duro” de los fascismos periféricos en América Latina. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Colóquio Pensar las derechas en América Latina, siglo XX. 2022; p. 1-14.
42. Gentile F. O corporativismo fascista: um modelo para o Brasil nacional-desenvolvimentista de Getúlio Vargas. *Anais do 15a Encontro de História da Anpuh-Rio*; 2016 ago. 08-11 [citado em 27 abr. 2023]. Nova Iguaço, RJ: Anpuh; 2016. Disponível em: [http://www.encontro2016.rj.anpuh.org/resources/anais/42/1465597143\\_ARQUIV\\_O\\_textoanpuh.pdf](http://www.encontro2016.rj.anpuh.org/resources/anais/42/1465597143_ARQUIV_O_textoanpuh.pdf)
43. Borón A. Estado, capitalismo y democracia en América Latina. Buenos Aires: CLACSO; 2003. El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras em América Latina; p. 39-83.

44. García P, Cueva A, Marini RM, Santos T. La cuestión del fascismo en America Latina. Cuad Polit. 1978;(18):13-34.
45. Beltrão G, Fidelis T. Golpes e ditaduras latino-americanas no século XX: análises a partir da teoria marxista da dependência. *Germinal Marxismo Educ Debate*. 2022;14(1):192-219. <http://doi.org/10.9771/gmed.v14i1.49011>
46. Bambirra V, Santos T. Brasil: nacionalismo, populismo y dictadura: 50 años de crisis social. In: González Casanova, P. América Latina: historia de medio siglo. 11a ed. México, D.F.: Siglo veintiuno 1977. p. 129-177.
47. Briones Á. El neofascismo em América Latina. *Probl Desarro*. 1975;6(23):24-50. <https://doi.org/10.22201/iiec.20078951e.1975.23.41501>.
48. Payne SG. El fascismo. Madrid: Alianza Editorial; 2001.
49. Spengler O. The decline of the west. New York: Oxford UP; 1991.
50. Demier F. Depois do golpe: a dialética da democracia blindada no Brasil. Rio de Janeiro: Mauad X, 2017.
51. Carnut L, Mendes ÁN. Estado, golpe e regime político: o dilema institucionalismo versus historicização na saúde. *Izquierdas (Santiago)*. 2020;51(49):3631-48. <http://doi.org/10.4067/S0718-50492022000100223>.